

El hombre sin cabeza

El hombre, el escritor, solía trabajar hasta muy avanzada la noche. Inmerso en el clima inquietante de sus propias fantasías, escribía cuentos de terror. La vieja casona de aspecto fantasmal en la que vivía le inspiraba historias en las que inocentes personas distraídas en sus quehaceres de pronto conocían el horror de enfrentar lo sobrenatural.

Los cuentos de terror suelen tener dos protagonistas: uno que es víctima y testigo, y otro que encarna el mal. El “mal” puede ser un muerto que regresa a la vida, un fantasma capaz de apoderarse de la mente de un pobre mortal, un ser del inframundo que trata de ocupar un cuerpo ajeno, un hechicero con poderes diabólicos, una fatal profecía que se cumple contra toda lógica...

Un escritor sentado en su sillón, frente a una computadora, a medianoche, en un enorme caserón que sólo él habita, se parece bastante a las indefensas personas que de pronto se ven envueltas en situaciones de horror. Ab-

sorto en su trabajo, de espaldas a la gran sala de techos altos, con muebles sombríos, cuadros con espectrales caras de parientes muertos y una lúgubre iluminación, bien podría resultar él también una de esas víctimas que no advierten a su atacante sino hasta un segundo antes de la fatalidad.

El cuento que intentaba crear Luis Lotman, que así se llamaba el escritor, trataba sobre un muerto que después de muchos años regresaba a la antigua casa en la que había vivido y donde lo habían asesinado. El muerto regresaba con un cometido: vengarse de quien lo había matado. Pero quien lo había matado también estaba muerto. ¿Cómo podía vengarse entonces? El muerto del cuento se iba a vengar de un descendiente de su asesino.

La casa del escritor era un antiquísimo caserón heredado de un tío —hermano de su padre—, muerto de un modo macabro hacía mucho. Los parientes no se ponían de acuerdo acerca de cómo había ocurrido el crimen pero coincidían en un detalle: el cuerpo había sido encontrado en el sótano, sin la cabeza.

De chico, Lotman había escuchado esa historia decenas de veces. No pocas noches de su infancia las había pasado despierto, asustado, atento a los insignificantes ruidos de la casa. Una cortina agitada por el viento, el rechinar de una madera contraída por el frío o un gato maullando en la azotea provocaban en él estremecimientos y alarma, y, contra su voluntad, lo hacían imaginar

historias de muertos y aparecidos. En esas historias era común que apareciera aquel tío sin cabeza, o bien la cabeza del tío, sí, tal como la conocía por fotos, pero sola, separada del cuerpo. Sin duda esa remota impresión influyó en el oficio que terminó adoptando de adulto.

Ahora, tan lejos de la niñez, Lotman evocaba padecimientos infantiles para convertirlos en cuentos. A tal punto había superado aquellos miedos que podía enfriarse largo rato en la historia sin que lo perturbara el clima aterrador que él mismo iba creando para sus lectores.

En cierto momento hizo una pausa y al alzar la vista se vio reflejado en el vidrio. La oscuridad exterior lo convertiría en espejo, así que se vio a sí mismo con la cara iluminada. Se dio vuelta y vio en la pared opuesta a la ventana su propia silueta, sin cabeza... Sintió un largo escalofrío, ¿cómo podía ocurrir eso? Demoró un interminable instante en entender que, al alargarse la sombra, el cuerpo quedaba proyectado en la pared mientras la cabeza se reflejaba en el techo.

El incidente le pareció aprovechable para el texto que estaba escribiendo: el protagonista camina alumbrándose con una vela y, como algo premonitorio, observa que en su sombra falta la cabeza. El personaje no se asusta, es sólo un hecho curioso. No se asusta porque desconoce que en minutos su destino tendrá relación con un hombre sin cabeza, y tampoco se asusta —especuló Lotman— porque de ese modo se asustará más al lector.



Terminó de escribir esa idea y apagó la computadora. Para dotar al cuento de detalles realistas, se le ocurrió describir su propia casa. Tomó un cuaderno, apagó la lámpara que estaba sobre la mesa y se dispuso a recorrer el camerón llevando una vela encendida. Quería experimentar las impresiones del personaje-víctima, ver con sus ojos, percibir e inquietarse como él. Los detalles precisos aportan a los cuentos efectos de verosimilitud: una historia increíble y hasta demasiado exagerada puede parecer verdadera debido a la lógica de los eslabones con que se va armando, a los detalles precisos del escenario en que ocurre.

Se dirigió al sótano. Los apolillados encastres de la escalera emitían aullidos ante cada pie apoyado. En el año que llevaba viviendo allí, desde que había regresado de Europa, sólo una vez se había asomado al sótano y no había permanecido allí más de dos minutos debido a la humedad, las telas de araña, la cantidad de objetos uniformados por una capa de polvo y la desagradable sensación de encierro. Esta vez se detuvo en medio del sótano y alzó la vela para distinguir mejor. Enseguida percibió el olor a humedad, la atmósfera medio asfixiante, y decidió regresar. Pero, al girar, pateó involuntariamente el pie de un maniquí y, en su afán de tomarlo antes de que cayera, derribó una pila de cajones que le cerraron el paso.



Ahogado, con una mueca de desesperación, intentó caminar por encima de las cosas, pero terminó trastabillando. Cayó sobre un sillón desfondado y con él se volteó la vela y se apagó.

Mientras trataba de orientarse, Lotman experimentó, como a menudo les ocurría a los protagonistas de sus cuentos, la más pura desesperación. Estaba a oscuras, nerviosísimo, y no encontraba la salida. Sacudió las manos con violencia tratando de apartar telas de araña pero éstas quedaban adheridas a sus dedos y a su cara. Terminó gritando pero el eco de su propio grito hizo el efecto de asustarlo más.

El camino hacia la escalera y a la puerta de salida parecía haber desaparecido. Se quedó inmóvil tratando de recordar dónde había una llave de luz, pero su cabeza no estaba tranquila como para hacer esa tarea: sólo podía permanecer alerta a algún ruido o movimiento, como en aquellas noches de la infancia. Enseguida la situación se le hizo insostenible, así que comenzó a caminar hacia un lado y otro, derribando cosas con la mayor violencia y gritando como un loco asustado. Cuando al fin dio con la escalera y pudo salir del sótano, chorreaba una gélida transpiración de su frente. Se le ocurrió que debía cerrar con llave la puerta que conducía al sótano pero era imposible: el temblor de sus manos no le permitió acertar la llave en la cerradura.

Corrió entonces hasta cada interruptor y encendió a manotazos todas las luces. Basta de “clima inquietante”

para inspirarse en los cuentos, se dijo, avergonzado. Estaba visto que en la vida real él toleraba esas cosas muchísimo menos que sus personajes, capaces de explorar catacumbas y cementerios.

Cuando al fin llegó al estudio donde escribía, se echó a llorar como un chico.

Una gran taza de café hizo el milagro de reconfortarlo. Después encendió la computadora y, siguiendo las anotaciones del cuaderno, terminó de escribir el relato de un tirón.

El muerto sin cabeza salía del cementerio en una espantosa noche de tormenta. Había “despertado” de su muerte gracias a una profecía que le permitía llevar a cabo la deseada venganza pensada durante los instantes últimos de su agonía: asesinar, cortándole la cabeza, al hijo de quien había sido su asesino: su propio hermano. Cuando Lotman le puso el punto final al texto, sintió el alivio típico de esos casos. Se dejó resbalar unos centímetros en el sillón, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Había escrito el cuento que venía postergando desde hacía semanas. Tarea cumplida. Dedicaría el día siguiente, descontando que la tormenta que ya se avecinaba no fuera gran cosa, a pasear y a encontrarse con algún viejo amigo del pueblo a tomar café y charlar.

Sin embargo, tuvo de pronto un extraño presentimiento...

Era una estupidez, una fantasía casi infantil, la tontería más absurda que pudiera pensarse: estaba seguro de que había alguien detrás de él.

Cobardía o desesperación, no se animaba a abrir los ojos y volverse para mirar. Por otro lado, no necesitaba darse vuelta: delante tenía la ventana y ese vidrio que funcionaba como espejo. Pensó, con terror, que, si había alguien detrás de él, lo vería de inmediato. Cuando al fin miró, en cierta forma vio lo que esperaba, aunque hubo un instante durante el cual se dijo que no podía ser cierto. Sin embargo era indiscutible: “eso” que estaba reflejado en el vidrio de la ventana, lo que estaba detrás de él, era un hombre sin cabeza, y lo que tenía en la mano era un largo y filoso cuchillo.



Máscaras

Las noches eran una verdadera tortura para Mariana. Ella se resistía a ir a la cama y lloraba si los padres no le dejaban el televisor encendido en su habitación. Pese al esfuerzo por permanecer despierta, al fin se rendía al sueño y el padre podía entrar en puntas de pie y apagar el aparato.

Igual, muchas veces ocurría que poco más tarde se despertaba gritando, y cuando su madre llegaba a la habitación la encontraba sentada en la cama, con el terror marcado en la cara. La madre se quedaba mirándola sin saber qué hacer. A veces la estrechaba contra su pecho hasta que Mariana volvía a dormirse. En otras ocasiones, la reprendía exigiéndole que se durmiera de inmediato. El resultado era más o menos siempre el mismo: podía dormir una o dos horas pero finalmente volvía a despertarse aterrorizada.

Era inútil preguntarle qué la asustaba tanto. Negaba una y otra vez y hasta se tapaba la boca con las manos,

evidenciando que había algo que la atemorizaba pero no estaba dispuesta a contarlo.

Aconsejados, casi presionados por una psicopedagoga de la escuela que había observado problemas de conducta en Mariana, por fin los padres consultaron a un psicólogo. Mariana se prestó a esas primeras entrevistas con cierta reserva, aunque también allí se negó a decir el motivo de sus terrores. Poco a poco el psicólogo fue conociéndola a través de juegos, a la par que se establecía entre ellos cierta confianza. Pasadas varias semanas, finalmente, Mariana terminó sincerándose.

El psicólogo pidió una reunión con los padres.

—Mariana tiene cierta fantasía —les explicó a los padres—. No sé si notaron que en sus dibujos los rostros de los personajes no tienen cara. Son como óvalos con dos agujeritos...

—Los ojos... —precisó la mujer.

—No, exactamente... Creo que son orificios, agujeros, y no ojos. De hecho esas caras no tienen nariz ni boca. Bueno, lo que yo interpreto es que son máscaras...

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el padre de Mariana.

—Bueno, no, no es que ese tipo de cosas tengan una significación única.

—Es chica —acotó el padre—. Supongo que a esa edad ningún chico es un gran dibujante.

—Entiéndame: a mí no me preocupa si dibuja mal o bien, y de todas formas creo que dibuja bastante bien

para su edad. Lo que sí está dentro de mi campo de interés es qué cosas dibuja. Y he observado que cuando Mariana dibuja personas —y está de más que les aclare que cuando dibuja personas mayormente los está dibujando a ustedes—, no hace una fisonomía completa. Completa los brazos y las manos, los pies y hasta ciertos detalles de la ropa, porque por otra parte dibuja muy bien, pero la cabeza, siempre, es una especie de círculo vacío, sin ojos, nariz ni boca. Voy a ser directo: Mariana tiene una inquietante fantasía, por decirlo así. Piensa que ustedes tienen otro rostro. Que usan máscaras o algo así.

Ante la sorpresa de los padres, el psicólogo hizo una pausa, dándoles tiempo a imaginar algo tan extraño, y luego continuó:

—Ella piensa que, cuando no los ve, ustedes se quitan estas caras y se muestran con las verdaderas, que son horrendas.

—¡Dios mío! —exclamó la madre.

—Dice que no puede dibujar detalles de sus caras porque no sabe cómo son. No tiene una representación verdadera de sus rostros —esto lo agregó yo— y por eso no dibuja nada más que un óvalo con dos agujeritos, a los que no llama “ojos”. Los llama así, “agujeritos”.

—Bueno, es una tontería infantil —dijo el padre—. Todos los chicos tienen algo...

—Es una fantasía infantil, sí —aceptó el psicólogo—. Pero ustedes vinieron a consultarme porque Mariana no